

Una promesa de felicidad. Desvíos teóricos de la crítica argentina reciente

✂ JULIETA YELIN / Universidad Nacional de Rosario – CONICET / julietayelin@conicet.gov.ar

Resumen

El artículo se propone abordar algunas aristas del diálogo que una vertiente de la crítica literaria argentina reciente, dedicada a estudiar el anudamiento literatura-vida, ha establecido con el horizonte de pensamiento poshumanista. Nuestra hipótesis de trabajo es que en ese intercambio interdisciplinar y en el esfuerzo simultáneo —y paradójico— por constituir una perspectiva teórica para abordar objetos literarios se produciría la emergencia de resistencias que, al tiempo que obturan el camino, producen desvíos sumamente productivos. Es el caso de la noción misma de literatura, cuya conceptualización contradice abiertamente la instauración de una perspectiva epistemológica biopolítica sobre el funcionamiento las prácticas artísticas —que negaría la especificidad literaria—, al tiempo que habilita una reflexión sobre los procedimientos propios de las ficciones animales, animalizadas o animalizantes en la elaboración de lo que Susan McHugh caracteriza como una «etología narrativa».

Palabras clave: literatura • vida • crítica literaria • resistencia • teoría

Abstract

This article proposes to analyze some facets of the dialogue that a branch of recent Argentinean literary criticism, dedicated to read the literature-life knotting, has established with the horizon of posthumanist thinking. Our working hypothesis is that in this interdisciplinary interchange and in the simultaneous —and paradoxal— effort in order to constitute a theoretical perspective suitable to literary objects it is produced the emergence of resistances that, at the time that clog the road, create highly productive diversions. That is the case of the very notion of literature, whose conceptualization contradicts the establishment of a biopolitical perspective to read the functioning of artistic practices —one that would deny the literary specificity—, at the time that enables a reflection on the procedures of the animal, animalized and animalizing fictions in the elaboration of what Susan McHugh characterizes as a «narrative ethology».

Key words: literature • life • literary criticism • resistance • theory

La interdisciplinariedad, de la que tanto se habla, no consiste en confrontar disciplinas ya constituidas (de las que ninguna, de hecho, consciente en *abandonarse*).

Para conseguir la interdisciplinariedad no basta con tomar un «asunto» (un tema) y convocar en torno de él a dos o tres ciencias. La interdisciplinariedad consiste en crear un objeto nuevo, que no pertenezca a nadie.

ROLAND BARTHES. «Los jóvenes investigadores». *El susurro del lenguaje*.

Fecha de recepción:

1/12/2016

Fecha de aceptación:

30/3/2017

Etologías literarias

En la introducción de *Zoographies. The Question of the Animal from Heidegger to Derrida*, un libro insoslayable para repasar y comprender el devenir del pensamiento poshumanista en el siglo xx, Matthew Calarco se interroga acerca de la capacidad de nuestros discursos —no sólo de los nacidos en el seno de la filosofía sino también de aquellos que provienen del ámbito de la ciencia o, de modo general, del campo cultural— para describir la rica multiplicidad de las formas de vida y de las perspectivas que éstas instituyen. Y responde que necesitamos perentoriamente de un pensamiento inaudito¹ sobre los animales y sobre la animalidad humana; que nos hacen falta nuevos lenguajes, nuevas creaciones artísticas, nuevas historias, incluso nuevas ciencias y nuevas filosofías (5–6). Es inevitable preguntarse acerca de las formas que asumirán esas novedades; Calarco, al igual que otros pensadores poshumanistas contemporáneos, apuesta por el establecimiento de diálogos insospechados entre visiones provenientes de distintas lentes críticas.²

Lo cierto es que algunos de esos intercambios ya se están produciendo; un ejemplo destacable dentro del ámbito anglosajón es el trabajo de Susan Mc Hugh (2006, 2011), enmarcado en una nueva disciplina que llama «etología literaria»: un campo de estudio abocado a mapear las diversas modalidades de representación —o, se podría añadir, des-representación— que las ficciones animales o del animal —no todas: sólo aquellas en las que el discurso de la especie (Wolfe 2003a) es cuestionado— ponen en funcionamiento para dar cuenta de una transformación que excede, está claro, el ámbito de la imaginación literaria. Una transformación que es también una revelación y que ha impregnado de modo irreversible los discursos de las ciencias sociales y humanas: resulta imposible, se lo mire desde la perspectiva epistemológica desde la que se lo mire, establecer una distinción única y estable entre hombre y animal. En otras palabras: no hay nada que el hombre posea que no se pueda hallar, de un modo u otro, en diferente grado, en el universo que consideramos «no humano».³ Se trata, a estas alturas, de una idea recurrente que, sin embargo, no deja de producir fisuras en las bases sobre las que se asientan las perspectivas de análisis más transitadas de las humanidades, prontas a convertirse definitivamente en poshumanidades.

Ahora bien, si los estudios etológicos —aún aquellos que todavía diferencian férreamente entre etología animal y etología humana— fueron, con sus desarrollos en el campo conductual y epistemológico, resquebrajando el prejuicio de la superioridad humana,⁴ la disciplina imaginada por Mc Hugh —que no distinguiría, evidentemente, entre esos dos grandes grupos sino que procuraría

pensar el «comportamiento» de ciertos imaginarios dejando en suspenso aquella distinción— se orientaría a redoblar la apuesta, mostrando que son precisamente aquellos caracteres y valores que habían servido para caracterizar al animal a través de una confrontación con el ser humano los que hacen potentes —inteligentes, sensibles, ocurrentes, reveladoras— a las ficciones. No hay creación posible, parece sostener la etología literaria, sin la activación del animal que somos. O, para decirlo en términos estrictamente biopoéticos: interesan especialmente a la crítica aquellas escrituras que han logrado desplazar del centro de la escena narrativa y figurativa al hombre para poner en su lugar a la vida; que se han propuesto, en otras palabras, pensar desde la vida, con la vida y no contra ella, rechazando criterios defensivos recurrentes, como la jerarquía —intelectual, moral, sensible— de ciertas formas de vida por sobre las de otras. Ese criterio de selección crítica va acompañado de una reevaluación de los fundamentos que sostienen el canon literario, en tanto, como podrá inferirse rápidamente, la crítica de vocación poshumanista debe hacer frente a los presupuestos teóricos y metodológicos de la estética. En estas páginas procuraremos desplegar la hipótesis de que en los diálogos interdisciplinarios y en el esfuerzo simultáneo —y a veces paradójico— de constituir una perspectiva crítica no antropocéntrica para leer objetos literarios, se manifestaría la resistencia a abandonar una posición valorativa cuya referencia fundamental es el juicio del receptor —no nos referimos aquí a un corpus en particular sino, de modo general, a las reglas de juego institucionales que compelen a los críticos a dar por cierto una serie de axiomas para otorgarle una cierta estabilidad a sus objetos de estudio.

El hombre sin contenido, el ensayo de Giorgio Agamben sobre la declinación del pensamiento estético en Occidente, se inicia con una cita extraída de la *Genealogía de la moral*, donde Friedrich Nietzsche reflexiona sobre la definición kantiana de la belleza, asentada en la figura de un espectador considerado como agente de un goce desinteresado, impersonal y universal. A esta definición Nietzsche opone, con gran astucia, la de Stendhal, que caracteriza lo bello, desde su perspectiva de artista, como «una promesa de felicidad» (Agamben 2005a:10). Para Agamben, la experiencia del arte que Nietzsche defiende no tiene nada que ver con la estética; por el contrario, su intención es deslindar el concepto de belleza del difuso limbo que rodea la sensibilidad del espectador para así poder considerarlo desde el punto de vista del creador.

Esta purificación, por tanto, se realiza a través de una inversión de la perspectiva tradicional sobre la obra de arte: la dimensión de la esteticidad —el aprendizaje sensitivo del objeto bello por parte del espectador— le cede el sitio a la experiencia creativa del artista, que solamente ve en su obra *une promesse de bonheur*. En «la hora de la sombra más corta», una vez alcanzado el límite extremo de su destino, el arte sale del horizonte neutral de la esteticidad para reconocerse en la «esfera de oro» de la voluntad de potencia. Pigmalión, el escultor que se exalta debido a su propia creación, hasta el punto de desear que no pertenezca más al arte sino a la vida, es el símbolo de esa rotación que va desde la idea de belleza desinteresada como deno-

minador del arte, hasta la de felicidad, es decir, a la idea de un ilimitado acrecentamiento y potenciación de los valores vitales, mientras que el eje de la reflexión sobre el arte se desplaza del espectador desinteresado al artista interesado. (II)

La inversión de valores a la que se refiere Agamben, ejercicio tan común en el pensamiento nietzscheano —y, ciertamente, reconocible en el giro foucaultiano hacia la biopolítica—,⁵ empuja a los estudios literarios, y a las disciplinas que abordan otras formas de la creación artística, a una suerte de callejón sin salida: ¿cómo rechazar un argumento tan potente y —siguiendo el hilo stendhaliano— feliz, prometedor? Y, al mismo tiempo, ¿cómo afirmar su validez sin cuestionar uno de los supuestos fundamentales de nuestra práctica crítica: la idea de que es fundamentalmente en la teorización acerca de la lectura donde podría habitar una posible teoría literaria? Téngase en cuenta que el argumento nietzscheano esgrimido por Agamben no propone volver a situar el problema del valor en el corazón de la obra, esencializándola y volviéndola portadora de alguna clase de verdad sobre sí misma, sino que lo redirecciona hacia el proceso creador, ese estadio irrecuperable y, sin embargo, insoslayable cuando se aborda una obra, en tanto es prueba de la precaria estabilidad de su existencia y, por tanto, aquello que la mantiene viva, que le permite respirar y transformarse. Nietzsche apuesta por la voluntad de potencia de la práctica artística, es decir, por la recuperación de su vitalidad a través de la incorporación del proceso que le dio origen. La estética es, desde este punto de vista, una perspectiva mortífera, apaciguadora de las fuerzas que toda creación emana, obstaculizadora de la consumación de esa promesa de felicidad que la obra, en tanto *poiesis* impersonal e infinita, irradia.⁶

Puede entenderse, así, por qué los asedios a la idea de especificidad literaria producidos por las teorizaciones biopolíticas de linaje nietzscheano —que, como se puede inferir, colisionan también, de modo general, con la hipótesis de existencia de un ámbito artístico autónomo, desligado de algo así como una vida de creación «no artística»—, al tiempo que obturan algunos caminos, producen desvíos sumamente productivos. Habilitan, en primer lugar, una reflexión sobre las reticencias de la crítica a abandonar presupuestos que la siguen anclando a una perspectiva eminentemente antropocéntrica; si bien es cierto que el desarrollo de la teoría literaria continental —fundamentalmente, del estructuralismo y el posestructuralismo— pusieron en tela de juicio la validez teórica de conceptos tan centrales como los de obra, autor, subjetividad o representación, también lo es que subsistieron, en su concepción general del lenguaje, algunos presupuestos que pueden haber funcionado como obstáculos analíticos. Limitaciones que, ciertamente, perviven en mayor o menor medida en las prácticas críticas contemporáneas, todavía ligadas, como ha observado Jorge Belinsky, al horizonte epistemológico estructuralista.

En efecto, y a pesar de haber producido una transformación radical de nuestro modo de comprender el funcionamiento del lenguaje,⁷ el estructuralismo sostuvo y legitimó, a lo largo de décadas, una ligazón incuestionable entre sujeto

y lenguaje. En el prólogo a la compilación *Ensayos sobre biopolítica. Excesos de vida*, Gabriel Giorgi y Fermín Rodríguez se detienen sobre este punto: existe, argumentan, un lazo que sigue ligando, aunque de modo desplazado, a la teoría estructuralista con el núcleo del pensamiento humanista: «el supuesto anti-humanismo estructuralista —la vieja cuestión de la muerte del sujeto— deja todavía en pie lo humano bajo la forma de un sistema de significación o una estructura que introduce la diferencia en la masa amorfa, pre-lingüística de un real inalcanzable o perdido» (2009:18). El sujeto de la cultura, asediado a lo largo del siglo xx por la teoría psicoanalítica, los desarrollos de la lingüística, la filosofía y la teoría literaria conserva, sin embargo, una diferencia incontestable: la capacidad de hablar, de representar, de pensar. Como observa Calarco, el sujeto resultante de esas operaciones críticas no suele ser, con todo, un sujeto de la experiencia sino un sujeto humano.⁸ En este sentido, resulta poco decisivo cuál es la cualidad, el matiz, el tono particular que se atribuya al rasgo propiamente humano, lo que interesa es que la división sigue funcionando, jerarquizando no sólo las formas de vida sino también determinados segmentos al interior del universo humano.⁹

La diferencia estructuralista trabaja negativamente en relación a un real indiferenciado e inalcanzable, afuera del lenguaje o de la razón. ¿Pero qué ocurriría si la diferencia no estuviera localizada en lo humano; si además de diferencias lingüísticas hubiera múltiples series de diferencias imperceptibles trabajando en lo real, más pequeñas que las diferencias que ponen los sentidos, la conciencia o el lenguaje? ¿Y si no hubiera ninguna instancia —sujeto hablante, cultura en general— diferenciando la vida desde afuera, porque la vida es ya diferencia, movimiento, devenir, potencia virtual, poder de cambio? (18)

Esta pregunta alimenta con intensidades y modalidades diferentes la producción de un conjunto de críticos literarios argentinos, fraguada al calor del pensamiento poshumanista y, en algunos casos, de los llamados *animal studies*, que desde hace más de una década viene leyendo y escribiendo, apropiándose de conceptos y herramientas críticas provenientes de diversos campos disciplinares. El objetivo más relevante parece ser redefinir los contornos de su objeto e imaginar nuevas formas de abordarlo, de dar forma a un campo de estudio que se sustraiga a las distinciones y valoraciones morales y moralizantes de la estética y que opere en favor de un pensamiento de la continuidad de las formas de vida, no sólo como una suerte de proclama ético-política sino también como una provocación crítica y artística. Roland Barthes lo sintetiza maravillosamente en la cita que encabeza estas páginas: el verdadero desafío de la interdisciplinariedad es crear un objeto nuevo que resista a la apropiación, que esté disponible para ser pensado más allá de los prejuicios y los automatismos metodológicos de los diversos campos de saber. Analizaremos a continuación algunas de las tensiones a las que está sometido el pensamiento de la crítica reciente; tensiones que, es importante subrayar, no pretenden neutralizar, sino que aceptan como parte constitutiva de una práctica —la teorización— cuyo horizonte de posibilidad es inevitablemente

paradójico. Como apunta Alberto Giordano —retomando la hipótesis de Paul De Man acerca de la retoricidad intrínseca del lenguaje—, no puede haber «teoría de la literatura sin resistencia al cumplimiento de su propósito fundamental» (2015:102).

Resistencias

Los críticos literarios y, de modo más general, los lectores de literatura —uso esta segunda fórmula para referirme a aquellos que, como Mónica Cragolini, se han formado y se desempeñan en el campo académico de la filosofía y no en el terreno institucional de la crítica literaria— que han establecido un diálogo productivo con los desarrollos teóricos del pensamiento poshumanista para explorar los procedimientos de aquellas ficciones en las que la presencia de la animalidad tiene un rol decisivo, suelen abreviar más en los aportes de cuño filosófico, psicoanalítico, biopolítico o antropológico —las referencias más frecuentes son a la obra de Friedrich Nietzsche, Michel Foucault, Jacques Derrida, Gilles Deleuze, Felix Guattari, José Luis Pardo, Roberto Esposito, Giorgio Agamben, Eduardo Viveiros de Castro— que en los aportes específicos de la teoría literaria. Las elecciones parecen indicar que la teoría literaria no ha podido o no ha querido hasta el momento pronunciarse de modo riguroso acerca de la llamada «cuestión animal». Ya sea por las razones argüidas por Giorgi y Rodríguez —la pervivencia en la base de sus teorizaciones de una indisoluble ligazón entre sujeto y lenguaje—, ya porque los desarrollos realizados por los pensadores que acabamos de nombrar han sido más flexibles y creativos a la hora de experimentar con los conceptos, inventar nociones, robar, traducir, ensayar un pensamiento errático más afín a un modo no antropocéntrico aproximación al otro, sea éste humano o no humano. Para ilustrarlo basta con mencionar la noción deleuziana de «devenir animal», en la «máquina antropológica» agambeana o en el «multinaturalismo» y el «perspectivismo» de Viveiros de Castro. O tal vez esa inclinación se deba a que —para conectar ambas razones— el desgajamiento de la subjetividad de la raíz del lenguaje humano es indispensable para comprender la errancia —la escucha de la presencia anómala de la animalidad en el pensar mismo— como una fuente primordial de conocimiento. Porque errar críticamente no implica recostarse en la vaguedad o la imprecisión conceptual sino, por el contrario, asumir la trabajosa y arriesgada tarea de abordar lo que no se deja pensar, lo que resiste y, sin embargo, exige imperiosamente ser pensado.

¿Se puede hipotetizar, entonces, que la escasa incidencia de conceptos provenientes de la teoría literaria en las lecturas de ficciones en las que lo viviente ocupa el centro de la escena estarían vinculadas al sostenimiento por parte de aquella —a causa de su propia historia epistemológica— de una concepción antropocéntrica del lenguaje? Tal sería, en efecto, una de las razones por las cuales los lectores de literatura interesados en vincular sus procedimientos con los desarrollos en el campo de la llamada «cuestión animal» recurrirían con mayor frecuencia a conceptos y perspectivas metodológicas formuladas en otros ámbitos de estudio;¹⁰

incluso a categorías —sin ir más lejos, a la noción nietzscheana de vida como fuerza creadora— que cuestionan fuertemente la pertinencia y conveniencia de la autonomía del campo literario. Pero no parece atinado leer este desvío como una falta; por el contrario, resulta más estimulante pensar que de esos diálogos interdisciplinarios podrían surgir encuentros inusitados y, como consecuencia, abrirse nuevos horizontes epistemológicos. Tal vez en el rechazo a modalidades de lectura que los propios textos muestran obsoletas, en esa misma resistencia, habite el germen de otras resistencias que, aunque igual de irresolubles, pueden resultar más productivas.

En «La resistencia a la teoría» Paul De Man atribuye a la teoría literaria una capacidad pragmática de aproximarse a sus objetos de estudio de la que, sostiene, carece la tradición canónica de pensamiento filosófico, más ligada a modelos convencionales de lectura —entre ellos, de modo preponderante, el de la estética—. En efecto, el hecho de que la teoría literaria haya nacido por fuera de la órbita de la filosofía, su afán de sostener una cierta autonomía para pensar algunos problemas compartidos por ambas disciplinas e incluso, en algunos casos, la rebelión consciente contra el peso de la gran tradición filosófica, no constituyen para De Man una falencia sino, por el contrario, una enorme potencialidad: ese rasgo pragmático, abierto a la polémica y apegado a la singularidad de sus objetos, al tiempo que la debilitaría como teoría, le añadiría un elemento subversivo de impredecibilidad que la convertiría en «una especie de comodín en el juego de las disciplinas teóricas» (De Man:648). Pasadas más de tres décadas desde la publicación del emblemático ensayo, se diría que la comprensión de la teoría literaria como una actividad epistemológica más que como un corpus de métodos listos para descifrar un objeto preexistente está más vigente que nunca. En la decisión de abreviar en conceptualizaciones provenientes de otros campos sin desentenderse de la naturaleza de sus objetos de estudio, de cuya singularidad extraen sus propias señas de identidad —se podría decir que la teoría literaria se instituye como tal en el ejercicio mismo de la lectura, en el contacto con la literatura— se puede rastrear, precisamente, la propuesta demaniana.

En la crítica argentina reciente, en aquellos textos que se enfrentan al carácter mutante, inaprehensible de lo viviente, la resistencia constituye un elemento familiar con el que la teoría, lejos de debilitarse, se produce y reproduce a sí misma. La resistencia funciona como el motor autopoiético de la teoría, en tanto, como ha señalado De Man, el lenguaje que ésta habla no es sino el de la autorresistencia.¹¹ Tal vez la irrupción de la vida animal en la literatura y en los discursos de la crítica, su presencia insistente y esquiva, desestabilizadora del sentido de lo humano, no sea sino una manifestación más de un mecanismo de resistencia que para De Man es connatural a todo lenguaje; sin embargo, por la fuerza y las implicancias políticas de sus manifestaciones, se presenta como una ocasión única para volver a pensar la convivencia entre la imposibilidad de la teoría y su imperativa necesidad. Una tensión que cada crítico resuelve con su propia impronta pero compartiendo un rasgo fundamental: la apuesta por la búsqueda de estrategias

para que el proceso creador de la obra se comunique con el de la lectura. Cada vez que un lector se hace cargo de las fuerzas paradójicas que atraviesan todo deseo de teoría, la promesa de felicidad stendhaliana franquea los límites de la obra para impregnar el territorio de la crítica. Cada vez que en la lectura, siempre ansiosa de aprehender lo particular, el detalle que permita enraizar una hipótesis en la materialidad del texto, se registra la marca de lo impropio, de lo irrepresentable, que es precisamente aquello que no puede penetrar en los lenguajes del mundo —y que, justamente por eso, constituye el punto de refacción desde el cual ellos pueden ser interrogados radicalmente—, algo de ese proceso de creación perdido se hace presente al lector de un modo efímero y huidizo, como la espuma de una ola que acaba de abandonar la playa.

En el trabajo crítico de Gabriel Giorgi sobre las diversas formas en que se producen alianzas entre lo humano y lo animal en las ficciones contemporáneas (2014); en las lecturas que Fermín Rodríguez hace de los acercamientos de la literatura a lo insoportable —el trauma social, la violencia, el terror, la precariedad material— (2014a, 2014b, 2014c) o en las reflexiones de Alberto Giordano sobre la fragilidad e inestabilidad de las figuraciones del yo producidas por las escrituras íntimas (2006, 2008, 2011a, 2011b), se teoriza precisamente acerca del hiato que separa a los sujetos del fundamento de su propia subjetividad, esto es, del estatuto de lo propio. El desafío que el aparato crítico de estos lectores enfrenta es el de haber elegido un objeto de estudio —la relación literatura-vida, es decir, una zona de la escritura en la que la humanidad es percibida como impropiedad— que se niega a sí mismo, que es, en su misma formulación, inviable. Ante esa evidencia, se les presentan dos alternativas: procurar conceptualizarlo —imaginar la ola que ya se volvió a fundir en el mar, es decir, elaborar una nueva resistencia— o inventar estrategias para la observación de la espuma que el crítico tiene frente a sí; estudiar sus contornos, sus singularidades, las sutiles formas de su desaparición. Someterlo al escrutinio de su propia palabra, confrontarlo con ella para dejar testimonio de los efectos sufridos por su pensamiento y su sensibilidad. Los críticos que siguen las huellas de la vida podrían ser definidos, en este sentido, como testigos de una desaparición —testigos sin pruebas, pero testigos al fin—. En efecto, en los ensayos a los que nos referimos, la resistencia de la vida a la escritura y a la lectura, la propia resistencia de la teoría a enfrentarse con esa evidente imposibilidad, no son entendidas como puntos ciegos que la lente del crítico es incapaz de sortear sino como el único alimento genuino de la relación crítica. Así lo sintetiza Alberto Giordano al señalar el origen psicoanalítico de la noción de resistencia demaniana:

En el curso de la experiencia analítica, el fenómeno transferencial de la resistencia, cuya forma discursiva es la de una interrupción que deja al sentido en estado de inminencia, expone la presión ambigua de algo que sólo puede entredirse en los términos de una revelación sofocada. A la vez que lo interrumpe, la resistencia orienta el trabajo analítico —hay que aprender a actuar en y con ella— porque en los intervalos de inquietud se manifiesta la sustracción de una verdad indecible que apremia a la enunciación. (2015:101)

Puede que el hallazgo más interesante y seductor de la crítica literaria argentina reciente sea la aceptación de la resistencia crítica como interrupción y apertura. Eso los exime, por un lado, de la fatigosa tarea de su negación —buena parte de la historia de la crítica literaria se escribió, ciertamente, como resistencia a la resistencia—, y por otro, como lógica consecuencia, de todos los esfuerzos defensivos de su práctica crítica en pos de la afirmación de la especificidad y dignidad de su objeto de estudio: si la resistencia es algo que ocurre en el lenguaje y afecta de modo general la producción de subjetividades, ¿qué podríamos reservarnos como propio para la literatura; quién podría señalar una diferencia específica? Librados de esos deberes, los lectores defienden la validez interpretativa de su escritura como único testimonio posible de las batallas con las propias resistencias. Su objetivo primordial es hacer hablar a los textos sin acallar el ruido que atraviesa toda materia verbal, procurando, en cambio, que esa dimensión gravite de modo decisivo en las lecturas. Eso se logra a través de la atención que el crítico dirige no sólo, como decíamos, a las huellas del proceso creativo, sino también a las del proceso de autoconstitución de su propia subjetividad, y a las marcas que en él imprime el diálogo con el texto, fundamentalmente con aquello que no puede inteligir con claridad, con ese fluir anómalo que produce efectos sobre su propio lenguaje.

La transformación del anudamiento literatura–vida en la crítica literaria reciente se vincula, así, a la inclusión de la vida del crítico en la ecuación de la lectura, es decir, a su voluntad de escribir sin olvidar que él también es un viviente, un animal que se hizo hombre gracias a la negación del «ruido» de su existencia. La crítica que nos gustaría llamar biopoética sería, así, una forma de contacto con el olvido (del) animal.¹² Mónica Cragolini patentiza ese encuentro a través de la voz ajena, la más ajena, en los relatos de animales de Franz Kafka. En ellos puede oír procesos de desubjetivación que desafían los mecanismos de defensa, las figuraciones del yo que el lenguaje literario ofrece continuamente —¿qué es acaso si no un personaje?—, al tiempo que socava.¹³ Pero esa capacidad de escucha no se limita en la crítica al universo no–humano; la afirmación de la continuidad de todas las formas de vida hace posible que el mismo ejercicio se realice con la palabra articulada, entendiendo que en la voz humana, cuando la vida no es sacrificada, también puede emerger lo extraño, lo nuevo, lo inaudito del pensamiento; en definitiva, que toda narración del yo humano es una ficcionalización del animal. ¿Pero dónde está, dónde se localiza lo inaudito; en qué pliegues de la lengua se puede hallar el pensamiento literario de la vida? En el murmullo anónimo de los animales kafkianos (Cragolini); en la inscripción que a veces dejan los cuerpos al atravesar el umbral que separa *bios* de *zoé* (Giorgi);¹⁴ en esa evanescente aparición que, de modo inusitado, afecta la intimidad del crítico (Giordano);¹⁵ entre los deshechos de las vidas descartadas en las sociedades neoliberales del presente (Rodríguez).¹⁶

En esas zonas que resisten, allí hay una promesa de felicidad para el crítico, la única que le ha sido reservada: la de leer/escribir lo que aún no ha sido pensado. La resistencia es para estos lectores una fatalidad pero también un objetivo: tocar ese borde, sentirlo y mostrarlo a través de la palabra nueva, la palabra–invento. La

teoría no es para ellos sino la experiencia crítica de una intensidad —la de dejarse vivir y, así, dejarse escribir (Rodríguez 2014c)— para que esa letra se reencuentre con las fuerzas impersonales que Nietzsche atribuyó a toda creación viva, y las acreciente. La palabra del crítico como única prueba de la vida de la obra, de su proceso de creación infinito.

Notas

¹ Calarco utiliza la fórmula «Unheard-of thoughts», con la que traduce la derrideana «pensée inouïe».

² Véanse, entre otros, Wolfe (2010); Seshadri; Broglio; Baker (2013); Braidotti.

³ Para un desarrollo de este punto véase Wolfe 2003b.

⁴ «la idea de las posibilidades de lenguaje, simulación, creación, transmisión, moralidad y otras, en los animales, socavaron el suelo firme de la subjetividad instaurada como *arkhé* del modo de ser humano» (Cragolini 2014:11)

⁵ Para una ampliación de este punto véase Yelin.

⁶ Una promesa de algo que no concierne a nadie en particular, ni puede ser aludido en los términos en que nos referimos al «bien», la «belleza», la «perfección». «La felicidad mantiene con el sujeto una relación paradójica. Aquel que es feliz no puede ser consciente de serlo: el sujeto de la felicidad no es un sujeto, no tiene la forma de una conciencia, aunque se trate de la mejor de ellas» (Agamben 2005b).

⁷ Mc Hugh observa que no es casual que el desarrollo de la etología científica en el siglo xx haya sido contemporáneo de la gran transformación en el abordaje de las artes producida por las teorizaciones del estructuralismo primero, y del posestructuralismo más tarde. McHugh observa con astucia que el ejemplo que Terry Eagleton utiliza para argumentar las dificultades a la hora de recortar el objeto literario recurre precisamente a una representación moderna y urbana de las relaciones de compañía inter-especie: Eagleton se pregunta si la señal del subte londinense que indica la obligatoriedad de llevar a los perros por la escalera mecánica no es más ambigua de lo que parece, si no podría ser interpretada también —ciertamente, en inglés la expresión cobra una mayor ambigüedad que en castellano: «Dogs must be carried on the escalator» (Eagleton:6)— como la obli-

gación de llevar un perro consigo para ser admitido en la escalera mecánica. La frase le sirve al crítico para ilustrar las posibilidades que se abren con la irrupción de la atención estructuralista a la ambigüedad semántica, en particular las implicaciones teóricas de conceptualizar la lectura no ya en términos de recepción pasiva sino de procesos interpretativo–escriturales creativos y participativos; y aunque el crítico modaliza su afirmación señalando que la frase podría ser ambigua si es abordada con la «suficiente ingenuidad», marca claramente la inconsistencia de cualquier teorización que no tenga en cuenta la inestabilidad semántica inherente del lenguaje, incluso al más cotidiano y prosaico. Se produce así un primer desplazamiento que abrirá el camino a las perspectivas poshumanistas. «En lugar de luchar por un único o verdadero significado humano, el consecuente foco puesto en la proliferación de sentidos (por no mencionar los propósitos y las formas) de las historias y su relación con los contextos históricos y culturales en la teoría posestructuralista ayudan a explicar el «giro animal en literatura, arte y otros campos de estudio tradicionalmente humanísticos» (Mc Hugh 2011:216).

⁸ «The subject is never simply a neutral subject of experience but is almost always a human subject, and metaphysics is founded just as primordially, if not more so, on a meditation of specifically human modes of subjectivity» (Calarco:8).

⁹ Jacques Derrida argumenta que el sentido de la subjetividad es constituido a través de una red de relaciones excluyentes que van más allá del binarismo humano/animal. Ha acuñado el término «carnofalocentrismo» para referirse a esta red y destacar la dimensión sacrificial (carne), masculina (falo) y lingüística (logo) de las concepciones clásicas de subjetividad. Lo que Derrida trata

de aprehender con este concepto es cómo la metafísica de la subjetividad opera no sólo para excluir a los animales del estatus de sujetos completos sino también a otros seres, en particular a las mujeres, a los niños, a grupos minoritarios y otros Otros que son considerados como «carentes» de uno u otro rasgo básico de la subjetividad. Así como los animales han estado y siguen estando excluidos de una protección legal básica, del mismo modo, señala Derrida, hay muchos «sujetos» humanos que no son reconocidos como tales (Derrida).

¹⁰ Son referentes insoslayables, en este sentido, los trabajos sobre artes visuales y animalidad de Steve Baker (2003 y 2013) y Ron Broglio, o las investigaciones del antropólogo Eduardo Viveiros de Castro sobre el perspectivismo amerindio, por dar sólo dos ejemplos.

¹¹ «Nada puede superar la resistencia a la teoría ya que la teoría misma es esta resistencia. Cuanto más elevados sean los fines y mejores los métodos de la teoría literaria, menos posible se vuelve ésta» (De Man:666).

¹² Véase Lemm.

¹³ «De ese murmullo anónimo hablan los animales kafkianos: el murmullo de esas manadas de pequeños roedores que cree sentir constantemente el topo de la construcción cuando, ejercitándose por devenir imperceptible, no hace más que exacerbar los mecanismos de defensa (¿debería decir, del «yo»?). Mientras tanto, a pesar de esos mecanismos, el murmullo, aunque lejano, aunque no localizable ni identificable, se sigue escuchando, del mismo modo que se escucha el “chillido quejumbroso” del pueblo de Josephine, el pueblo que —como el viviente animal— siempre es víctima (Cragolini 2010:119).

¹⁴ «Dos insistencias parecen trazar el contorno de estas intersecciones entre la vida y la política bajo el signo del animal; dos interrogaciones que apuntan a los modos en que la cultura desmonta algunas matrices por las cuales una vida se hace inteligible como “humana” y que trazan, consecuentemente, jerarquías entre cuerpos y entre for-

mas de vida. Por un lado, la definición y la figura misma del “individuo”, como cuerpo individuado, reconocible como “uno”, enfrenta un desafío constante, sistemático; no hay, parecen repetir estos materiales, cuerpo que no sea una multiplicidad, o constituido en una multiplicidad y una red: ese parece ser un principio o una regla de la visibilidad de los cuerpos que traza una sintonía entre los materiales y las lecturas. Por otro lado, la interrogación recurrente de la relación entre vida y propiedad, o vida y mercancía, allí donde el cuerpo capitalizado del animal parece reflejar una condición más general de todo cuerpo y de toda vida —donde, como se ve en los textos sobre mataderos, todo cuerpo, humano o animal, se hace visible bajo la medida y el cálculo del capital» (Giorgi 2014:295).

¹⁵ «Lo curioso, lo raro de la literatura, es que se impone sin imponer nada: a veces, mientras leo un texto que la reproducción cultural me ofrece como literario, o, como en el caso de los diarios íntimos o los epistolarios, de estatuto ambiguo, puede suceder que algo extraño se presentifique sobre la superficie de la escritura y me haga señas, o me mire, sin intención reconocible. La aparición de la desaparición de algo que concierne a mi intimidad» (Giordano 2008:11).

¹⁶ «Unos, de un lado, viven disciplinándose bajo la amenaza de perderlo todo; otros, víctimas de la violencia económica y social, ya no tienen nada que perder, salvo las cadenas que los sujetan a un biopoder que se propaga más allá de la esfera tradicional de la política por el tejido material de lo vivo, a lo largo de líneas de precariedad laboral, de inseguridad social y desocupación, de terror económico, de enfermedad y reproducción, de sangre y de muerte. Saturada por nuevos mecanismos de poder, esa misma vida, que se ha vuelto campo de control y manipulación, de politización y subjetivación, fue también la materia de una literatura que ensayó formas de localizar y desmontar las operaciones biopolíticas fundamentales» (Rodríguez 2014:195).

Bibliografía

- AGAMBEN, GIORGIO (2005a). *El hombre sin contenido*. Barcelona: Áltera.
- (2005b). «Magia y felicidad». *Profanaciones*. Barcelona: Anagrama, 23–35.

- BAKER, STEVE (2003a). «Sloughing the Human». Cary Wolfe, editor. *Zoontologies. The Question of the Animal*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 147-164.
- (2013). *Artist/Animal*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- BELINSKY, JORGE (2000). *Lo imaginario: un estudio*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- BRAIDOTTI, ROSI (2013). *The Posthuman*. Cambridge: Polity Press.
- BROGLIO, RON (2011). *Surface Encounters. Thinking With Animals and Art*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- CALARCO, MATTHEW (2008). *Zoographies. The Question of the Animal from Heidegger to Derrida*. New York: Columbia University Press.
- CRAGNOLINI, MÓNICA (2010). «Animales kafkianos: el murmullo de lo anónimo», en AA. VV. *Kafka: preindividual, impersonal, biopolítico*. Buenos Aires, La Cebra, 99-120.
- (2014). «Extraños animales: la presencia de la cuestión animal en el pensamiento contemporáneo». *Revista Latinoamericana de Estudios Críticos Animales*, 1-20.
- DE MAN, PAUL (2010). «La resistencia a la teoría», en Nara Araujo. *Textos de teorías y crítica literarias (del formalismo a los estudios poscoloniales)*. Barcelona: Anthropos.
- DERRIDA, JACQUES (1997). *Fuerza de ley. El «fundamento místico de la autoridad»*. Madrid: Tecnos.
- EAGLETON, TERRY (1996). *Literary Theory: an Introduction*. Malden: Blackwell.
- GIORDANO, ALBERTO (2006). *Una posibilidad de vida. Escrituras íntimas*. Rosario: Beatriz Viterbo.
- (2008). *El giro autobiográfico en la literatura argentina actual*. Buenos Aires: Mansalva.
- (2011a). *La contraseña de los solitarios. Diarios de escritores*. Rosario: Beatriz Viterbo.
- (2011b). *Vida y obra. Otra vuelta al giro autobiográfico*. Rosario: Beatriz Viterbo.
- (2015). «La resistencia a la ironía. Notas desde (hacia) los ensayos de Borges». *Variaciones Borges* 40, 99-113.
- GIORGI, GABRIEL Y FERMÍN RODRÍGUEZ (2009). «Prólogo». *Ensayos sobre biopolítica. Excesos de vida*. Buenos Aires: Paidós.
- (2014). *Formas comunes. Animalidad, cultura, biopolítica*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- LEMM, VANESSA (2010). «Animalidad, creatividad e historicidad». *La filosofía animal de Nietzsche. Cultura, política y animalidad del ser humano*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Diego Portales, 209-249.
- MCHUGH, SUSAN (2006). «One or Several Literary Animal Studies?». *H-Animal* [en línea]. Consultado el 17 de julio de 2006 en <https://networks.h-net.org/node/16560/pages/32231/one-or-several-literary-animal-studies-susan-mchugh>.
- (2011). *Animal Stories. Narrating across Species Lines*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- RODRÍGUEZ, FERMÍN (2013). «Miedo, subjetividad y capitalismo. Notas para una genealogía del terror». *Grumo* 10, 96-101.
- (2014a). «El trabajo del miedo. Sobre 2666 de Roberto Bolaño». *Taller de Letras* 55, 99-110.
- (2014b). «En las fronteras de lo biopolítico: corrientes de vida». *La Biblioteca* 14, 192-202.
- (2014c). «Escribir lo insoportable» [en línea]. Entrevista de Patricio Álvarez. Consultado el 12 de agosto de 2016 en <http://www.congresamp2014.com/es/template.php?file=Afinidades/Videos/Fermin-Rodriguez.html>.

- SESHADRI, KALPANA RAHITA (2012). *HumAnimal: Race, Law, Language*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- SURYA, MICHEL (2004). *Humanimalités*. París: Léo Scheer.
- VIVEIROS DE CASTRO, EDUARDO (2010). *Metafísicas canibales. Líneas de antropología postestructural*. Buenos Aires: Katz.
- WOLFE, CARY (2003a). *Animal Rites. American Culture, the Discourse of Species and Posthumanist Theory*. Chicago: University of Chicago Press.
- (2003b). «In the Shadow of Wittgenstein's Lion: Language, Ethics and the Question of the Animal». *Zoontologies. The Question of the Animal*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1–57.
- (2010). «“Animal Studies” Disciplinarity, and the (Post)humanities». *What is posthumanism?* Minneapolis: University of Minnesota Press, 99–126.
- YELIN, JULIETA (2016). «Biopoéticas para las biopolíticas. Una introducción» [en línea]. *Uni(+di)versidad* 3. Consultado el 10 de julio de 2016 en <http://www.puds.unr.edu.ar/?p=444>.